

Editorial Edi numen

Salí. Me sentía bien: había vencido a los elementos adversos, conseguí tomar un café decente y mi aspecto, salvando algún ligero contratiempo, era inmejorable: lanzaba contra los peatones, que me miraban con discreción y con envidia, no sólo por mi **porte** elegante y distinguido, también por el aire de felicidad y confianza que infundía, la imagen de la ansiada perfección. Seguro de mí mismo, me dirigí hacia el aparcamiento en el que se hallaba mi coche, un deportivo blanco, último modelo, con todos los detalles que un ser inteligente puede exigir a una máquina, y con un aspecto **impecable**. Por supuesto aquella maravilla de la técnica había agotado mis, ya en aquel momento, escasos ahorros convirtiéndome en uno más de entre los miles de individuos atados por una gran deuda a un trabajo, un banco, una existencia mediocre y un fin de mes de **infarto**. Lo compré hace algunos meses, justo cuando Katy dejó definitivamente mi vida, por lo que aún no había conseguido deshacerme de aquel típico gesto, un tanto estúpido, por qué no decirlo, que es el resultado de combinar una especie de sonrisa de satisfacción, propia de quien alcanza su porción de felicidad, e ingresa en el club de los privilegiados, con la expresión ridícula del arrepentimiento, que únicamente se dibuja en el rostro

porte: figura, aspecto.

impecable: sin nada malo.

infarto: ataque al corazón.



Salí. Me sentía bien: había vencido a los elementos adversos, conseguí tomar un café decente y...

de quien se sabe poseedor de un vacío económico del que no va a recuperarse en mucho tiempo.

colarse: introducirse a escondidas o sin permiso en alguna parte.

Odio tener que decirlo, pero me obligó la necesidad. No fue una decisión independiente, y eso empezó a preocuparme: «¡Esto es el principio del fin!», pensé. Aquella era una más de las muchas amenazas que se asomaban a mi ordenada vida y la ponía en serio peligro: en cualquier momento por allí podía **colarse** un nuevo motivo para el cambio, y después otro y más tarde otro, y otro, ¡no quería ni pensarlo!

ubicación: situación.

La consulta en la que desarrollaba mi especial talento para la limpieza dental, había cambiado su **ubicación** porque el volumen de pacientes aumentó considerablemente durante el último año. Ya no estaba al otro lado de la calle, así que ahora, para llegar hasta ella, debía tomar un autobús indescriptible, cambiar a otro no menos horrendo y, después de algunas paradas, andar alrededor de cuatrocientos metros entre el humo y la polución, subir cuatro pisos andando -el ascensor casi siempre estaba ocupado a primeras horas de la mañana-, alcanzar la tercera puerta de un interminable pasadizo y, finalmente, cruzar la sala de espera en la que se amontonaban los pacientes.

Después de dos días de imperdonable humillación y de exceso de familiaridad con mis conciudadanos, consideré, con muy buen criterio, que era un auténtico despropósito y un abuso imperdonable someter un cuerpo sano y razonablemente atractivo, como sin duda era el mío, a tan dura prueba. Decidí, por lo tanto, que la compra de un vehículo era un acto inteligente porque se trataba, en definitiva, de encontrar un sistema para conservar mi salud física y mental.

Naturalmente, antes de lanzarme a tan extraordinaria aventura había previsto, en un examen objetivo y ri-

patógeno: que puede producir una enfermedad.

quién sabe quién: persona indefinida y desconocida.

saliva: líquido que se produce en la boca.

gurosamente científico de la situación, que tomar un autobús suponía, en primer lugar, mezclarse con individuos de toda clase, potenciales transportadores, además, de todo tipo de organismos **patógenos**; implicaba, también, rozar objetos o personas desconocidos sin protección alguna contra las sucias bacterias que se movían libremente por todas partes; yendo un poco más lejos, el uso del transporte público brindaba la posibilidad de sentarse en lugares que habían sido ocupados por **quién sabe quién**; y, en último término, y por encima de cualquier otra consideración previa, significaba respirar el aire que decenas de personas contaminaban con terribles olores, estruendosos estornudos y repugnantes y pequeñísimas motas de **saliva** que salían de sus, previsiblemente, sucias bocas, mientras hablaban sin parar con el ocasional vecino de asiento o con aquel desconocido que se convertiría en el primer contacto humano del día.

El coche se presentaba ante mis ojos como una herramienta imprescindible no sólo por la comodidad, también por el considerable ahorro sanitario que implicaba. Evitaba así malos olores, suciedad y la incomodidad de mezclarme con gentes de cualquier condición, que era algo que me repugnaba considerablemente, sobre todo porque me sentía incapaz de diagnosticar, a primera vista, posibles enfermedades contagiosas de repercusiones impredecibles para mi salud; capacidad que, según la prestigiosa revista *Limpio y Sano*, algunas personas habían desarrollado después de años de práctica constante y disciplinada, con tal éxito que podían incluso prescribirse y suministrarse, en casos extremos y de forma automática, el fármaco preventivo más adecuado.

Como todos los días, lo primero que hice al subir al coche fue poner la radio en marcha. El locutor ofrecía, entre canción y canción, seguros de automóviles a

paradisiaco: propio del paraíso.

susurrante: en voz baja.

estrés: tensión agobio.

aglomeración: abundancia, reunión multitudinaria.

prematura: antes del tiempo adecuado o natural.

meticuloso: que pone atención en los detalles.

buen precio; grandes ofertas en los supermercados y viajes increíbles a lugares **paradisiacos** en donde señoritas y señores, ligeramente vestidos y suavemente recostados sobre tropicales palmeras cargadas de cocos desafiantes, se mostraban espléndidos y voluntariosos. Naturalmente eso era lo que yo pensaba cuando oía el sonido insinuante de las olas del mar y la voz dulce y **susurrante** de las exóticas sirenas cuyo único objetivo en la vida es hacer que los pobres mortales, discretamente elegantes, cultos, adinerados y guapos, pero agotados por el **estrés** de la vida cotidiana, olvidemos, de una caricia, el ejercicio siempre inútil, y siempre imprescindible, de sobrevivir en el asfalto de la ciudad.

El vendedor de periódicos voceaba su mercancía: «¡Tres muceeeertos en un atentaaaado con coche boooomba! ¡Sube el preeecio de los carburaaantes! ¡La inflacioooooon...!» ¡Una vieja historia!, pensé. ¡Nada nuevo bajo el sol!

La ciudad ofrecía su aspecto más cotidiano y habitual: estaba llena de coches, humo y gentes de mal humor; de mal humor porque no se puede respirar a causa del humo, que, a su vez, es la consecuencia directa de la **aglomeración** de coches; conducta que se repite invariablemente y de la que sólo puede extraerse un razonamiento; o cambia la actitud de algunos incontrolados ciudadanos o acabarán condenándose a una muerte horrible causada por una úlcera de estómago **prematura** o a un infarto fulminante.

Personalmente siempre me había sentido a salvo de tales peligros porque mi condición de hombre disciplinado, **meticuloso** y eficaz me impedía mantener conductas tan poco ordenadas. Sin embargo, como ser humano sujeto a las adversidades del destino y a las

irremisiblemente: que no se puede remediar o solucionar.

contingencias urbanas, en varias ocasiones me había sentido **irremisiblemente** inducido a la violencia verbal, incluso física, y contra ellas luchaba no tanto con armas psíquicas, como con elementos químicos; conducir por la ciudad me obligó a tomar ciertos fármacos, únicamente los necesarios para tranquilizarme, evitar el peligro de úlcera de estómago, controlar el ritmo cardíaco, la frecuencia en la respiración, la tensión arterial y algunos otros efectos secundarios y menos importantes del estrés.

Recuerdo con claridad que tomé mi coche para ir hasta la consulta, en el otro extremo de la ciudad. No me sentía especialmente mal: había tomado, en orden y sin olvidar ninguno, todos los fármacos que me mantenían en perfecto estado anímico y físico durante toda la jornada, así que el mundo empezaba a parecer un lugar agradable. Es cierto que los semáforos cerraban el paso cuando yo llegaba a su altura, y que los demás conductores me insultaban sin motivos aparentes si les adelantaba cerrándoles el paso, incluso recuerdo que algunos peatones se creían con derecho a interrumpir mi marcha, lo que me obligaba a realizar arriesgadas maniobras para **esquivarlos**, pero nada de todo aquello podía importarme: era un hombre feliz, elegante y tranquilo, y sobre todo era un hombre relajado. Fue entonces cuando la desgracia cayó sobre mí, en el mejor momento, cuando empezaba a **intuir** que mi día tenía remedio, que los pequeños inconvenientes que hasta el momento había sufrido eran simplemente eso, pequeños inconvenientes. De pronto, cuando menos lo esperaba, cuando parecía estar encontrando el sentido a un día que había empezado de forma trágica, en el preciso momento en que la calma artificial me invadía, el mundo entero se lanzó contra mí y toda mi vida cambió su rumbo.

esquivar: moverse para evitar chocar con otros objetos o personas.

intuir: prever, sentir algo antes de que suceda.

LA CUCARACHA



Un segundo después el individuo-relleno perdió su consistencia, se desbinchó y se desplomó sobre mi coche.

asimétrico: que no tiene las dos partes de su cuerpo iguales o equilibradas.

antiestético: feo, que va contra la estética.

fatídica: señalada por el destino; fatal.

acelerar: aumentar la velocidad de algo.

componer una mueca: hacer un gesto con la cara.

colilla: resto del cigarrillo después de fumado.

No olvidaré jamás la cara de aquel **asimétrico** y **antiestético** individuo que, mirándome, quedó atrapado entre dos coches. Acababa de salir de mi apartamento y me dirigía a la consulta; como siempre el semáforo que regula el cruce entre la avenida del Norte y la calle Sur se puso rojo justo en el momento en que yo pretendía pasar para desviarme a la derecha y tomar la calle Sur en dirección este. Debía parar, lo sé, así lo dice el código de circulación, pero delante de mí había un coche que consiguió cruzar la **fatídica** línea marcada por el dispositivo luminoso, y lo hizo precisamente en el intervalo que va desde el color amarillo hasta el rojo; así que, sin dudarlo ni un instante, aproveché la ocasión para ganar algunos segundos y **aceleré** situándome justo detrás de él, con tan mala suerte que algunos peatones, confiando en la protección de la luz verde, señal que les abría las puertas de una nueva calle, ya habían empezado a descender de las aceras y andaban peligrosamente por el paso de peatones.

Entre los transeúntes se hallaba el infeliz ser asimétrico y antiestético, además de fumador, vestido con un gusto horrendo e imperdonablemente sucio, aspirante a cáncer de pulmón, a infarto, o a ambas cosas a la vez, que para sujetar el cigarrillo en la boca y las bolsas de la compra en las manos, y mostrar al mismo tiempo el horror de verse convertido en el relleno de un sandwich automovilístico, **componía una mueca** grotesca: los ojos parecían salirse de las órbitas, la boca estaba abierta hasta el punto exacto en el que se encontraba el cigarrillo, lugar en el que se cerraba bruscamente para no dejar escapar ni un solo átomo de la nicotina o del alquitrán contenidos en la repugnante **colilla** que colgaba de sus labios; los brazos pegados al cuerpo y las manos exageradamente abiertas, tanto que habían dejado escapar una de las bolsas que suje-

esparcido: caído y desparramado por el suelo.

taba y su contenido se había **esparcido** por el suelo aumentando el caos y el desconcierto de la escena que me dispongo a narrar.

Un segundo después el individuo-relleno perdió su consistencia, se deshinchó, y se desplomó sobre mi coche. No pude hacer nada, ni siquiera los tranquilizantes lograron contener mi furia. ¡Había caído sobre mi coche! No en el otro coche, ni siquiera en el suelo: encima de mi blanco, nuevo, resplandeciente y reluciente coche. Había cometido el error grave de cruzar la calle justo en el momento en que yo pasaba por allí; es más, había cometido la imperdonable ofensa de no respetar mi pacífica relación con el mundo, destruyó la armonía en la que estaba instalado, rompió el ritmo relajado de mi corazón, acabó con mi buen humor y con no sé cuántas cosas más. Había visto mi coche acercarse a él y en lugar de salir corriendo, actitud normal y natural en estos casos, se quedó petrificado, mirándome a través del cristal del coche con cara de estúpido y sin mover un solo músculo.

desmoronar: caer.

encerado: con cera; brillante.

Se **desmoronó** contra mi coche y, al caer, un delgado hilo de sangre manchó la superficie siempre **encerada** de mi auto. ¡Aquello no estaba bien! Aquel individuo se había roto la nariz contra mi coche y ahora ensuciaba, con su sangre contaminada por el alquitrán y la repugnante nicotina de cigarrillos baratos, la imaculada blancura de mi deportivo último modelo. «¡Increíble!» —pensé. «¿Cómo se puede ser tan estúpido?». «¡Insoportable!» —me dije. «¡Voy a tener que pedirle explicaciones ahora que es justamente la hora de empezar a trabajar!». «¡Intolerable!» —grité. «**¡Estúpido enano! ¡Inútil mentecato! ¡Parásito idiota! ¡Memo, sarnoso,...!**» (Mi educación, mi cultura y el respeto que debo a mis lectores me impiden, ahora y entonces, pronunciar palabras más groseras).

estúpido (...) **sarnoso:** diversos insultos, cultos y populares.

solapas: parte de las chaquetas que rodea el cuello y termina en el pecho, antes del botón.

zarandear: mover adelante y atrás, o hacia los lados, violentamente.

La paciencia de cualquiera tiene un límite, así que no pude contenerme y salí del coche, me acerqué al desconocido, agarré con decisión las **solapas** de su prehistórico abrigo y después, cuando ya había logrado situarle en la posición que corresponde a todo ser humano, es decir, de pie, le sujeté con fuerza, le **zarandeé** con violencia mientras seguía insultándole sin parar y, al ver que no obtenía ninguna respuesta por su parte, lo deposité sin ninguna consideración en el suelo. Creo que más que depositarlo lo dejé caer, porque recuerdo un extraño ruido, como el de un balón de madera hueco al golpear en el suelo, justo en el mismo instante en que su cabeza se encontraba con el pavimento. No estoy muy seguro, pero sí puedo decir que cualquier persona respetuosa y decente en una situación semejante habría actuado del mismo modo que yo, sin dar la menor importancia a detalles insignificantes como aquel.

Una vez depositado en el suelo el cuerpo de mi asimétrico oponente, mi conducta sólo perseguía un objetivo: obtener alguna información acerca del desconocido que había atentado contra mi propiedad y mi persona; y sabía que debía conseguirla ya, rápidamente, porque se acercaba peligrosamente la hora de empezar a trabajar y últimamente las relaciones con Delacalle, mi jefe, andaban, como casi todo en mi vida, **manga por hombro**. No podía permitirme el lujo de complicar más la situación, así que me agaché al lado de mi agresor y empecé a hurgar en sus bolsillos con la esperanza de encontrar algún documento con el que identificarle.

Nada. Allí no había nada importante: dos recortes de cartón del tamaño de una caja de cerillas, tal vez un poco más grandes, en los que podían leerse los nombres, escritos a mano, de dos productos farmacéuticos

poco conocidos; la fotografía gastada y vieja de una mujer y un hombre en el triste instante de su boda; un billete de metro usado, una tarjeta de visita en la que aparecía una dirección; la lista de la compra; algún dinero y tres sobrecitos blancos en los que había dos pastillas, también blancas, seguramente las que se anunciaban por escrito en uno de los cartones. Nada más. Y estaba claro que aquello no era suficiente para identificar y encontrar de nuevo a aquel individuo tirado en mitad de la calle; sin embargo lo guardé en el bolsillo de mi gabardina: tal vez analizados con más detenimiento, pensé, alguno de aquellos objetos llegaría a ser útil. A pesar de todo necesitaba más detalles, una tarjeta de crédito, un carné de identidad, o el permiso de conducir habrían sido un auténtico tesoro, así que intenté tranquilizarme, respiré profundamente y pensé, tan rápidamente como pude, en dónde habría podido esconder un pobre infeliz, como el que tenía a mis pies, documentos de cierto valor, si es que alguna vez los había tenido. En el bolsillo del abrigo no, corría el riesgo de extraviarlos; en la cartera aparentemente no había nada de interés; ni en las bolsas de la compra, tampoco en el pantalón, ¡no tenía sentido! Y... y yo empezaba a perder los nervios y a pensar con dificultad.

Entre tanto, un grupo bastante numeroso de personas se había acercado hasta el lugar en el que se desarrollaban los hechos; pretendían analizar hasta el más mínimo detalle de cuanto ocurría a su alrededor. Permanecían quietas, inmóviles, acechando y observando, con la íntima e inconfesable esperanza de ver sangre y **vísceras** derramadas por el pavimento. Aquellos seres primitivos en su aspecto y probablemente en su espíritu, se iban acercando peligrosamente a mí. Naturalmente el tiempo que llevo aquí, encerrado y solo, me ha permitido meditar mucho acerca

vísceras: tripas; estómago y otros órganos cercanos.

de los ocultos motivos a los que respondía la extraña conducta de aquellos hombres y mujeres anónimos que seguían allí, sin moverse para nada y sin prestar ayuda alguna, y he formulado dos hipótesis.

Primera y poco probable: los presentes estaban inmóviles porque sentían la misma repugnancia que yo a la hora de tocar al **memo** sangrante que manchaba con sus **babas** el capó de mi coche; reacción, en todos los sentidos, normal en un ser humano civilizado. Hipótesis rechazada con sólo recordar el aspecto de algunos de ellos: demasiado similar a la del hombre-relleno que descansaba plácidamente en el suelo.

Segunda hipótesis, mucho más consistente, racional y sólida: todos sabían por mi aspecto elegante y pulcro que, efectivamente, yo era un ser superior a ellos, capaz de reaccionar con frialdad ante cualquier contratiempo, con el **aplomo** necesario para dominar una situación compleja como aquella y con mucha más inteligencia de la requerida para resolver con eficiencia, rapidez y habilidad un pequeño inconveniente. De donde se deducía, inequívocamente, que su pasividad no podía significar otra cosa que admiración y respeto, comportamiento mucho más lógico y, por qué no decirlo, totalmente acorde con la naturaleza primitiva de los individuos que andan por las calles a esas horas de la mañana.

Sin embargo, en aquellos momentos mi percepción de los hechos era un tanto distinta. No sé si fueron los tranquilizantes o el olor que iba dejando mi cabeza impecablemente peinada, y que venía **saturando** y haciendo irrespirable la atmósfera del interior del coche, o las dos cosas a la vez, lo cierto es que, por alguna inexplicable razón, imaginé que los seres anónimos que se habían acercado hasta mí no me miraban con res-

memo: tonto, estúpido.

babas: la saliva cuando cae.

aplomo: tranquilidad, seguridad en sí mismo en momentos difíciles.

saturar: llenar hasta el límite.

rudimentaria: simple, primitiva.

manada: grupo de animales salvajes.

murmullo: rumor, conjunto de voces que hablan en voz baja.

desalmado: sin alma, sin corazón, malvado.

insubordinación: rebelión.

pelele: persona simple o inútil.

peto sino con recelo. Podía ver, casi oír, en sus ojos y sus caras el eco de la más **rudimentaria** agresividad: «Debo proteger la especie! ¡Éste que está en el suelo pertenece a nuestra **manada!**» —parecían decir en su primitivismo—; y me dio la extraña sensación de que percibía con cierta claridad un cambio en su forma de mirarme; quiero decir que su actitud se parecía poco al respeto o la admiración, y mucho al desprecio, al descaro, a la descortesía y a la grosería; conductas, todas ellas, que no me han extrañado nunca en seres primarios y poco cultivados como los que tenía delante de mis narices.

Pues bien, en el instante mismo en que solté al individuo en cuestión sobre el pavimento y su cabeza golpeó contra el suelo sonando a balón hueco, justo en ese momento, me pareció oír cierto **murmullo** de inexplicable desaprobación que aumentó y aumentó a medida que mis manos rápidas y ágiles iniciaban el registro, sin excesivos cuidados, es verdad, de los bolsillos del **desalmado** terrorista que sabotó mi tiempo. Sin embargo, aún creo que la temperatura subió, inexplicablemente, unos grados más cuando alguno de los presentes, al ver que intentaba despertar al causante de mis desgracias presentes y futuras dándole vigorosos, aunque no brutales, golpes en la cara (conducta normal en estos casos, más si tenemos en cuenta mis conocimientos de medicina), se creyó con derecho a juzgar mis métodos, incluso intentó promover una especie de **insubordinación** destinada a evitar los golpes que desde mis manos, posiblemente ya mis puños, llegaban al rostro sangriento de mi particular hombre-relleno.

No tengo una idea clara y precisa de lo que ocurrió en aquellos momentos de confusión; lo cierto es que acabé tomando al **pelele** medio muerto entre mis brazos y metiéndolo en el coche a través de la ventanilla

abierta del lado opuesto al conductor. Mi acompañante había adoptado una postura un tanto incómoda, por no decir antinatural: sus pies salían por la ventanilla, su cabeza descansaba sobre el suelo; una de sus manos había caído sobre el asiento del conductor y la otra no era visible; naturalmente no podía transportarlo de aquel modo, pero tampoco podía perder más tiempo. La decisión tenía que ser inmediata: no lo dudé, entré en el coche y arranqué. Instante en el que creí oír a una señora, vestida con un terrible abrigo rosa fluorescente y un bolso del mismo horrible color, lanzar contra mí algún insulto **chabacano** y vulgar que no debería reproducir aquí por respeto a los lectores. Sin embargo, la verdad de los hechos me obliga a transcribir, con la mayor delicadeza posible, la barbaridad que salió de sus labios: ¡**Cabrón!**

chabacano: grosero y de mal gusto.

cabrón: insulto vulgar referido al hombre cuya mujer es adúltera.